

coradora” de la cruda realidad y su trascendencia); y la retórica y el “discurso de la superioridad moral e intelectual” presentes en las tesis de *Rendición del espíritu* de Juan Larrea y en artículos sobre España y América aparecidos en *España Peregrina* (detrás de los cuales se ocultaba un nacionalismo imperialista muy cercano, sostiene Caudet, al discurso del franquismo).

El balance de las aportaciones de los exiliados españoles en México resultó positivo en todos los terrenos, dice el autor, a pesar de la resistencia, en un principio, de los sectores conservadores y de la influencia de la propaganda fascista para desprestigiar a los republicanos. La creación literaria tuvo un “altísimo nivel”, desconocido e ignorado en la España franquista hasta la década de 1950. Entonces hubo un intento de diálogo entre algunos intelectuales de dentro de España y los de fuera. Caudet demuestra cómo los primeros, protagonizados por Aranguren, Julián Marías e Induráin concebían al intelectual desligado de la política; detrás se escondía una apología al franquismo. Los de fuera, Guillermo de Torre en Puerto Rico y un grupo de exiliados en Argentina —Claudio Sánchez Albornoz, Alejandro Casona, Clemente Cimorra y Eduardo Zamacois, entre otros—, sostenían que la política era la verdadera cuestión de fondo en el estancamiento intelectual de España y tuvieron que aceptar la imposibilidad de llegar a entenderse entre ellos.

Infinidad de testimonios ilustran la fuerza, complejidad y trascendencia del exilio republicano de 1939. Caudet no pretende agotar el tema sino abrirlo; en sus palabras, “dialogizarlo”. Alejar sentimentalismos y mistificaciones que tienen y siguen teniendo demasiado peso con el fin de recuperar la verdadera dimensión política, social, económica y psicológica de este acontecimiento. En fin, ser capaces de ver los problemas y replantearlos desde nuevas perspectivas temáticas y críticas.

AURORA DÍEZ-CANEDO

JAMES VALENDER, ANTHONY STANTON, ROSE CORRAL *et al.*, *Homenaje a María Zambrano. Estudios y correspondencia*. El Colegio de México, México, 1998; 313 pp. (*Serie Literatura del Exilio Español*, 4).

María Zambrano nació en 1904, en el mismo lustro en que nacieron Gallegos Rocafull (1899), Gaos (1900), García Bacca (1901) y Recasens Siches (1903), y fue alumna, como ellos, de Ortega y Gasset. Aunque tardó más que sus compañeros de generación en hacerse notar en el campo de la filosofía, su nombre se ha impuesto, al cabo de los tiempos, sobre el de todos ellos, y proliferan desde hace algunos años los reconocimientos a su obra.

Uno de ellos dio origen a este libro. Según explica James Valender en su prólogo, diversas organizaciones académicas de México organizaron en 1994 unas mesas redondas sobre la escritora y filósofa española, y algunas de las ponencias allí leídas se publican aquí. En la preparación del libro surgieron importantes enriquecimientos: un texto de María Zambrano sobre *El laberinto de la soledad*, de Paz, un artículo que este último escribió a la muerte de la filósofa (1991) y una serie de cartas intercambiadas por ella con Alfonso Reyes, Concha Méndez, Altolaguirre, Cernuda, Bergamín y Emilio Prados. La estructura del libro en tres partes reunió todo este material: primero, los artículos de Zambrano y Paz, luego, las ponencias de las mesas redondas ya referidas, y por último la correspondencia, con muy valiosos estudios introductorios de Anthony Stanton (para las cartas intercambiadas con Reyes y Neruda), James Valender (para la correspondencia con Concha Méndez, Altolaguirre y Cernuda), Francisco Chica (para el intercambio epistolar con Emilio Prados) y Nigel Dennis (para las cartas intercambiadas con Bergamín).

El artículo de Octavio Paz, “Una voz que venía de lejos (María Zambrano, 1904-1991)” (pp. 23-25), es un recuento cálido de las diversas ocasiones en que el poeta se encontró con la filósofa española. Ello le sirve para dejarnos un evocador resumen de sus residencias: Valencia, México, La Habana, París, Roma, Suiza y el Madrid de la transición.

El texto de María Zambrano sobre *El laberinto de la soledad* fue escrito acaso en 1964, según explica Mercedes Gómez Blesa, quien lo encontró en el Archivo de la Fundación “María Zambrano” de Vélez-Málaga. Se titula “Un descenso a los infiernos” (pp. 15-22), y el libro de Paz le sirve de vehículo para brindarnos una especie de compendio de lo que ella había expuesto en *El hombre y lo divino* (1955) y de lo que volvería a exponer en “Apuntes sobre el lenguaje sagrado y las artes” (1970). Esa relación entre el arte y lo sagrado está muy presente en la obra de Paz. Y, como en el caso de Zambrano, se compagina inusualmente con su desconocimiento de Dios. Zambrano encuentra en la poesía de Paz su propia concepción de lo sagrado como inmanencia, como terrenalidad, como realidad de lo hondo humano, hondura del infierno personal, infierno y también paraíso porque nos descubre el ser. La idea paciana del sacrificio (raíz común con sagrado y con sacerdote, *sacer*, según ha subrayado en un libro reciente Giorgio Agambem) da prueba a María Zambrano de sus ideas. Lo trascendente no presupone sobrenaturalidad. “La piedad como el amor —dice María Zambrano— hace a la razón trascendente, ser trascendente: entrar en realidad”. Una realidad que está fuera de lo cotidiano falso, una realidad envuelta en misterios (y, por tanto, sagrada) que se trata de encontrar en ese viaje a los infiernos que constituye la gran *quête* de lo humano perdido y que la poesía persigue por su propia vía, que acaba siendo la única posible.

Este es, en definitiva, el tema del ensayo de Anthony Stanton (“La sacralización de la materia: María Zambrano y Pablo Neruda”, pp. 67-80) a propósito de un artículo de Zambrano sobre *Residencia en la tierra*, “Pablo Neruda o el amor de la materia” escrito a fines de 1938 para el número 23 de *Hora de España*, e impreso en los últimos días de la guerra española cuando su distribución era ya imposible. Descubierta ese número en 1973, él nos trajo este artículo de Zambrano sorprendente por su radical sentimiento de lo humano terrenal, material, inmanente, afín al de Neruda. Stanton sintetiza muy bien ese viaje a los infiernos del ser: “la auténtica luz sólo se puede vislumbrar en las capas más oscuras de la experiencia; el acceso a la definición del día entraña la inmersión previa y primaria en las tinieblas nocturnas” (p. 69), en lo que María Zambrano llama “nuestro infierno, esas entrañas donde el amor germina”. Ello implica, como ya había visto Amado Alonso, “la ausencia total de una cosmovisión religiosa” o de una “fuerza divina”, y Anthony Stanton se pregunta con toda lógica: “en una poesía (la de Neruda) que no trasmite ningún sentimiento de culpabilidad, ningún deseo ortodoxo de redención, ¿en dónde reside el aspecto sagrado?” (p. 72). Y encuentra la respuesta en Zambrano: “la dimensión sagrada de esta poesía reside en su actitud ante la materia informe” (p. 73). El ámbito de lo sagrado estaría en el misterio de esa materia informe, y la búsqueda de nuestro ser verdadero (la *quête*, tantas veces mencionada por Zambrano) consistiría en “el descenso órfico al mundo oscuro de la materia” y en la conquista de lo que María Zambrano, en un artículo escrito a los 29 años (“Nostalgia de la tierra”), había llamado “la cosa del mundo”. Es decir ese materialismo de lo interior profundo tiene su contraparte en otro viaje sagrado hacia lo primordial humano, hacia el tiempo puro de la naturaleza. “Se trata —escribe Stanton— de un misticismo natural en el cual Dios es sustituido por o identificado con la naturaleza” (p. 74).

No se trata de ningún panteísmo sino de algo que podría parangonarse con el sentido profundo de “La consagración de la primavera” de Stravinsky, una mitificación de lo primordial, del *apeiron* de Anaximandro que recuerda Stanton y de los antiguos bosques sagrados que Zambrano había de metaforizar en uno de sus últimos libros, *Claros del bosque*. En 1954, en su “Carta abierta a Alfonso Reyes sobre Goethe” (escrita contra el sentido olímpico, no sacrificial de Goethe), decía explícitamente María Zambrano: “Parece esencial al destino humano que tengan lugar estos sacrificios humanos en Primaveras sagradas para que la historia no se quede vacía de alma” (p. 136).

Si Goethe era el olímpico “que no había pagado prenda”, que había vivido sin infiernos ni lobregueces, y que por ello concitaba las antipatías de María Zambrano, Job era, en el polo opuesto, el que había pagado en demasía, abismándose en todas las desgracias. No es

extraño que provocara el interés de la filósofa y que, pensando en él, ampliara la segunda edición de *El hombre y lo divino*. A este asunto dedica Angelina Muñiz un breve pero sustancioso ensayo (“María Zambrano y el Libro de Job”, pp. 61-66). ¿Qué envidia Zambrano en Job? ¡Ay, la revelación! Haber visto y oído a Dios (Job: “De oídas he sabido de ti, pero ahora mi propio ojo de veras te ve!”). Dice Angelina Muñiz: “María Zambrano equipara ese deseo de ver y oír a la divinidad con la ceguera y el silencio que sufre el hombre moderno” (p. 63). Y es claro que Zambrano hubiera preguntado ansiosamente a Dios sobre el sentido de la creación y sobre el porqué de la vida. Job es la muestra paradigmática de ese descenso a los infiernos sin el cual no se alcanza el ser; pero también de la voluntad humana (¿terquedad?) para vivir la gozosa y dolorosa vida consciente.

Ramón Xirau, en su ensayo “María Zambrano. Camino a la esperanza” (pp. 81-89), encuentra en la esperanza la pieza más valiosa de la filosofía de Zambrano y, en definitiva, la más cercana a la suya. Xirau se pregunta “¿Hay en su mística un conocimiento, una visión, una experiencia de Dios?”, y se contesta: “Lo ignoro” (p. 87). Que un hombre de tan aguda sensibilidad religiosa como Ramón Xirau desconozca en su amiga andaluza una real vivencia religiosa, pone de relieve el hecho de que tal vivencia no existe. No existe, por lo menos, en el terreno en el que la busca Xirau: el de la revelación cristiana. Bien es verdad que, como dice Xirau, el pensamiento de Zambrano es disperso e impreciso. Por eso parece reducirse a buscar en ella el camino de la esperanza, más allá de *ideas y creencias*; el camino que conduce (cita Xirau a Wojtila) al umbral de la esperanza, hacia el “mundo trascendente donde ya no son necesarios umbral ni esperanza” porque confiamos en llegar a vivir “en el reino verdadero después de esta vida” (p. 89).

Es el de Ramón Xirau, como todos los suyos, un texto entrañable que mide su excepcional calidad humana y su tendencia natural a entender a sus autores predilectos por el camino de la trascendencia. No puede afirmarla, según vemos, en este caso. Pero expone esa perspectiva un poco a redropelo, a mi juicio, de lo que realmente lee en Zambrano. Relacionarla con Gabriel Marcel y Laín Entralgo parece excesivo. Más cerca estaría de san Agustín y de san Pablo, tratados “a lo terreno”. María Zambrano podría sin duda decir con san Juan de la Cruz “no de esperanza falto”, pero en ella esa esperanza, que se fincaba en la comunión (“esperanza compartida” son sus palabras), no trasponía, a mi juicio, las bardas machadianas del corral humano. Claro que, junto a la imprecisión y dispersión del discurso de Zambrano, puestas muy oportunamente en claro por Ramón Xirau, está también la evolución de su pensamiento. Siempre he creído que hay a lo largo de toda su labor filosófica un gran denominador común: el de la paradójica divinización humana. Pero no es menos cierto

(Valender habla, de modo pasajero pero con tino, de las “épocas” de nuestra filósofa y de sus “tiempos de crisis”) que hay también un desarrollo o, acaso, una sinusoidal angustia entre materia y alma cuyo eje sería un humanismo vitalista. “Pensar con el corazón, sentir con la cabeza”, decía.

Esa desazón fundamental se transparenta, como dice Xirau, en su escritura. Y tal es, de hecho, el tema de Adolfo Castañón (“Miradores de María Zambrano”, pp. 29-47). ¿Filosofía? ¿Poesía? ¿Autobiografía espiritual? En un largo ensayo bellamente escrito, Castañón va persiguiendo y acotando la dificultad de la escritura de Zambrano. Octavio Paz, Lezama Lima, José Luis Aranguren, lectores insuficientes de nuestra autora, han propiciado esta indefinición genérica. Hay que decir que no es pequeña la ayuda que ella ha prestado a esta extendida idea. En el centro de este problema está nada menos que el de la racionalidad de su filosofía. Toda su “dispersión” (casi disipación y prodigalidad) por los campos del misterio, de la religión y de lo sagrado, y su frecuente uso de un metaforismo que ha podido hermanarse con el poético, han hecho del pensamiento de María Zambrano un ámbito “formal” en el que la palabra parece a ratos campar por sus respetos sin obligada referencia intelectual.

Adolfo Castañón parece caer a veces en esa trampa, pero escapa de ella por un hilo al definir bien ese rasgo tan personal, y al subrayar, con palabras de la autora, “el fondo sobre el que destaca la voz de lo inteligible” o, con las suyas, “el nacimiento de la conciencia”, esa aurora que “desemboca en el día abierto de la claridad racional”, aunque provenga “de la noche oscura del sentido” (p. 34). Le hubiera gustado a María Zambrano ver definido su pensamiento como “un equilibrio entre el logos y las entrañas”. Adolfo Castañón nos ofrece de nuevo una muestra de su ensayismo brillante, de su lujo verbal, al intentar de hecho, en algunos trozos de su trabajo, una escritura “a la manera de...” nuestra gran filósofa. Pero hay en él también un empeño trascendentalista cuando pone su énfasis —tal vez demasiado literario— en términos tales como “visionario”, “gnosticismo”, “fracaso de la razón”, “transmutación”, “revelación” (no olvidar que ella decía: “Todo saber es revelación”), términos que, a mi modo de ver, tienen en María Zambrano un agudo sentido de extremosa y bella espiritualidad “divinamente” y comprometidamente terrestre.

Y Rose Corral analiza este compromiso al estudiar su repercusión en la vida cultural española de su tiempo y en el papel de Zambrano en la guerra civil española. Corral ha visto muy bien, en el libro de Zambrano sobre los intelectuales españoles en la guerra civil, una coherencia distinta (distinta de la que era fácil encontrar en otros muchos libros —no peores— sobre la guerra), su peculiar radicalismo, su antifascismo. El antifascismo es para mí una cualidad fundamental, algo que distingue políticamente a una persona de izquierdas, radical-

mente sensible, honesta y justa. Una cualidad que, en general, define por desgracia a otro tiempo, y que suele reconocerse sólo, por lo común, en gente de muchos años. El ensayo de Corral (“*Delirio y destino*. Notas sobre la escritura autobiográfica de María Zambrano”, pp. 49-59) recobra, biográfica e intelectualmente, esa y otras cualidades de Zambrano, y por ello tal vez sea el que he leído con mayor gusto.

La decidida actitud militante de María Zambrano en la década de 1920 inmediatamente anterior al advenimiento de la segunda República española y durante la guerra civil, además, echa luz sobre su pensamiento filosófico. Los ensayos que marcan esta trayectoria política son *Los intelectuales en el drama de España* (1937), *Pensamiento y poesía en la vida española* (1939), *La confesión, género literario* (1943), “Carta sobre el exilio” (1961), “A modo de autobiografía” (1987) y, sobre todo, *Delirio y destino. Los veinte años de una española* (1989), libro publicado poco antes de su muerte, pero escrito en La Habana a principios de la década de 1950. Esta línea autobiográfica acompaña a su obra filosófica con absoluta coherencia. El punto crucial de esta línea comprometida en el que el *destino* (“el destino soñado”) se convierte en *delirio* (“epílogo” más bien, escrito en París, “cuando el daimon me tomaba”, como ella escribió a Rosa Chacel) es, por supuesto, la derrota de la República en 1939. El delirio epilodal (extravío del destino soñado) es el exilio. Al principio, en los primeros años de la década de 1940, en la época de su añorado exilio en La Habana, junto a su marido Alfonso Rodríguez Aldave, con la compañía cotidiana de Manuel Altolaguirre y Concha Méndez y la amistad de tantos cubanos inolvidables (Lezama, Rodríguez Feo, Chacón y Calvo, Marinello, Lydia Cabrera), “el destierro tenía aún una especie de fragancia, de inocencia”. Su divorcio, el viaje a Italia, la enfermedad de su hermana Araceli, su larga penuria económica, y, sobre todo, la ansiedad de escribir y publicar su obra, relegaron aquella militancia antifranquista que renació apenas, por breve tiempo, durante la transición española.

Rose Corral define certeramente el centro de aquella decepción que Zambrano dejó ya formulada desde el final de la guerra y que no pierde actualidad: la ausencia de una “imagen clara de nuestro ayer, aun el más inmediato”; la falta de memoria histórica de los españoles, según glosa Corral; la necesidad de salvar “la historia verdadera que prosigue bajo la apócrifa”, como repitió María Zambrano con absoluta oportunidad el 14 de abril de 1977, aniversario de la proclamación de la República.

No es casual que en aquel proceso político de fines del decenio de 1960 y principios del de 1970 Zambrano hiciera reeditar en España sus viejos ensayos autobiográficos republicanos. En cierto modo, corrió parejas con Bergamín y Aub, y Rose Corral transita todo ese camino para no dejar en segundo término faceta tan esencial de Zambrano. Pero, al mismo tiempo, pone de manifiesto, con algunas referencias con-

ceptuales muy zambranianas (“un orden terrestre”, “lo divino natural”, “el universo como nuestra casa”, y muchas más que podrían apuntarse) aquella relación entre filosofía y vida española ya indicada.

La tercera parte, la de las cartas de y para María Zambrano, ocupa las dos terceras partes finales del libro. Es de tal riqueza que uno siente envidia de los investigadores (Stanton, Valender, Dennis, Chica) que las han buscado, encontrado y leído por primera vez después de sus destinatarios. Los comentarios de estos cuatro destacados investigadores que prologan las cartas, a pesar de su sobresaliente agudeza y sensibilidad, parecen siempre insuficientes ante el derroche de vida, emoción y talento de toda esta correspondencia casi siempre íntima, que transparenta las almas de quienes la escribieron. Las cartas intercambiadas entre Emilio Prados y María Zambrano tienen difícil parangón con cualesquiera otras que puedan encontrarse entre no sé qué otros escritores. Aquel hombre infinitamente bueno que fue Emilio Prados, aquel corazón tan fácil de confundirse con cualquier alegría o dolor ajenos, aquella sonrisa y aquella mirada de niño, imposibles de borrar de la memoria de quien las haya conocido, aquella poesía suya tan hondamente humana, en que el temblor llegaba al borde de su calidad absoluta, aparece en estas cartas con tan infinito y directo desamparo que uno se siente testigo atónito y, al mismo tiempo, partícipe conmovido. Y uno las contesta con las palabras de María Zambrano, mujer que parece hecha para contestarlas. ¡Con qué amor y piedad! Uno queda contagiado de esa humanidad honda y sagrada, en la que todo es verdad última y definitiva.

En las cartas de Bergamín se descubre algo que sus lectores apreciarán vivamente: su extraño tránsito europeo, francés y español, con los altibajos sorprendentes de su religiosidad y de su politicismo. Lástima enorme que no se hayan descubierto todavía las respuestas de Zambrano. Junto a las dedicadas a Prados, éstas —en fechas distintas y con motivos diferentes— serían muy valiosas para aclarar algunas facetas todavía oscuras de la metafísica zambraniana. Las de Cernuda son una pincelada más en su conocido retrato: adusto, lejano, indiferente ante casi todo. Allá, en el rincón, vestido de blanco, con un vaso en la mano, dispuesto a decirle a uno no más de diez palabras. Pero, al mismo tiempo, vivo y tenso, clásico y pagano, gran señor anti-aristocrático. Las cartas de María Zambrano a Concha Méndez: descorrimiento discreto de una intimidad entre mujeres (en el fondo, el siempre querido Altolaguirre).

Un libro, en fin, lleno de riquezas, indispensable para cualquier persona interesada en la cultura del exilio; un libro, además, cálido, vivo, conmovedor, como hubiera querido María Zambrano.

FEDERICO ÁLVAREZ

Universidad Nacional Autónoma de México